

UTILIDADES DE LOS OBSERVATORIOS CULTURALES, LA PERSPECTIVA PRÁCTICA DE LOS PARARRAYOS

José Luis Ben Andrés

AUTORES/AUTHORS:

José Luis Ben Andrés

ADSCRIPCIÓN PROFESIONAL/PROFESSIONAL AFFILIATION:

Gestor Cultural. Fundación Provincial de Cultura de la Diputación de Cádiz

TÍTULO/TITLE:

Utilidades de los Observatorios Culturales, la perspectiva práctica de los pararrayos

The usefulness of Cultural Observatories; the practical perspective of lightning conductors

CORREO-E/E-MAIL:

lben@dipucadiz.es

RESUMEN/ABSTRACT:

En un momento en que se cuestionan en nuestro país tanto la eficacia como las funciones de las entidades locales y de muchos organismos de la administración pública, la figura de los observatorios es de las más puestas en duda. Sin embargo hablamos de estructuras que poseen altos niveles de eficacia en relación a los costes y objetivos. Su utilidad es de una evidencia que asombra la incomprensión de la misma.

At a time when both the effectiveness and the functions of local authorities and many public administration departments are being called into question in Spain, the institution of the cultural observatory is one of the most contentious. Nevertheless, such organisations are highly efficient in terms of costs and objectives. Their usefulness is so evident that it is astounding it should be doubted.

PALABRAS CLAVE / KEYWORDS:

Observatorio cultural; gestión cultural; política cultural

Cultural observatory; cultural management; cultural policy

«Los pararrayos tienen que estar conectados a la tierra. Hasta las ideas más abstractas y especulativas deben estar ancladas en la realidad, a la esencia de las cosas»

George Steiner

Nada más sencillo que concretar el para qué sirven los observatorios culturales, o de cualquier tipo, basta un párrafo y no demasiado extenso. Un observatorio se usa esencialmente para ver, anotar y decir con cierta claridad y orden qué es aquello que está pasando en un ámbito concreto. Luego, que cada uno tome nota y actúe en consecuencia. No obstante sería irrespetuoso y banal quedarnos en esto. Irrespetuoso con los editores de esta revista, empeñados en la tarea de dar luz a este mundo confuso y complejo de lo que llaman cultura, y banal con los lectores que acuden a estas páginas en busca de seriedad y planteamientos con fundamento. Trataré de responder a ambas expectativas y profundizar un poco en mis palabras iniciales en el sentido de que un observatorio cultural sirve, es útil, para dirigir la mirada a la realidad cultural, ordenar lo que esa mirada nos devuelve y contarlo a quien está interesado en conocerlo.

Comencemos por el principio, por los tiempos en que la Ilustración despuntaba, en el año 1749 andaba Benjamín Franklin dándole vueltas a esa cosa que años más tarde adquirió gran fama bajo el nombre de electricidad. Un buen día y mediante una cometa demostró sus ideas al respecto y la efectividad de los metales para atraer la enorme energía de los rayos y desviarla hacia donde fueran inocuos. El experimento era peligroso, unos años más tarde (1753) un científico alemán llamado Georg Wihelan Richmann murió en un empeño similar, fabricar un pararrayos y experimentar con la electricidad en forma de tormentas. Todo este anecdotario viene al caso de que hablar de los observatorios culturales es más ilustrativa la imagen del pararrayos que la del observatorio astronómico, de donde toman su nombre, que podría parecer a priori la opción más natural. En un observatorio astronómico apuntamos el telescopio hacia el infinito y descubrimos cientos, millares, millones de objetos celestes. Lejanos, fríos, extraños, los objetos de los astrónomos seducen por su exotismo pero no calientan tanto el espíritu como los objetos, tangibles o incorpóreos, de la cultura. El pararrayos me sugiere más. Para empezar es un contrasentido porque su función no es parar los rayos de las tormentas, más bien al contrario tratar de excitar la atmósfera y atraer las descargas eléctricas para conducirlas, haciéndolas inofensivas, hacia la tierra. No me lo invento, un pararrayos lo que hace es «ionizar el aire a partir de un campo eléctrico natural generado por la tormenta, con el principio de excitar y capturar el rayo en la zona que se desea proteger», *wikipedia dixit*. Este artefacto no es más que una ingeniosa herramienta diseñada para introducirse en un área de la atmósfera y canalizar fuerzas eléctricas que tienen un alto nivel de peligrosidad dejadas a su aire. El pararrayos es básicamente una herramienta muy útil, con una primera utilidad que es proteger de un entorno eléctrico peligroso.

El observatorio cultural, al igual que el pararrayos, tiene por encima de todas las cosas un valor instrumental. Es una herramienta. Este hecho es esencial porque sólo lo instrumental tiene utilidades claras y eso es lo que trataremos de dilucidar en estas páginas. Lo mejor es que nos refiramos a casos concretos de observatorios culturales para tratar de ir aclarando los distintos puntos que vayamos tocando. He tomado tres ejemplos. Primero uno de ámbito nacional, el Observatorio de Cultura y Economía de Colombia (1). Se trata de un observatorio creado a partir de la iniciativa y el apoyo del Ministerio de Cultura de ese país y al que luego se suma la Pontificia Universidad Javeriana. En segundo lugar nos vamos a referir igualmente al Observatorio Vasco de la Cultura (2), un observatorio de ámbito regional o sub-estatal si se prefiere y que en este caso nace a partir de un proceso de planificación cultural, en concreto del Plan Vasco de Cultura de 2004. Hay una iniciativa del gobierno regional en el sentido de contar con un organismo de este tipo, iniciativa fundamentada en el propio plan estratégico. Y en tercer lugar tendremos también como referencia al Observatorio de la Cultura del Ayuntamiento de Zaragoza (3), en este caso dimensionado o al servicio de una realidad municipal. Una misma herramienta pero ajustada a tres realidades territoriales muy diversas en sus dimensiones y en sus ámbitos culturales: una nación latinoamericana extensa, una comunidad autónoma del estado español de dimensiones reducidas y, por último, una ciudad española de dimensiones medias según los parámetros europeos. Los tres son de tipo institucional, con sus respectivos gobiernos como promotores (estatal, autonómico y municipal) y con una clara vocación de servicio, de productor de información cara a las políticas culturales y, no menos importante, con una dimensión práctica.

Comencemos por sus objetivos y funciones, por aquello de para lo que se crean y por las finalidades prácticas que se espera de ellos. En el caso del Observatorio de Cultura y Economía de Colombia se explicita que «es un espacio para compartir y generar conocimiento del sector cultural en Colombia. Tiene por objeto generar, diseñar y difundir información e instrumentos de análisis que les permita a los actores públicos y privados del sector cultural tomar mejores decisiones en el ejercicio de sus actividades, que conlleven a mejorar la competitividad de las industrias culturales y a facilitar el acceso a los bienes y servicios producidos por las mismas». A partir de un objetivo claro de generación de conocimiento, información ordenada para la mejora de la acción cultural en este caso, el propio observatorio nos indica destinatarios de su trabajo (actores públicos y privados) y la finalidad que espera del mismo: mejores decisiones, mejor competitividad y ampliación del acceso a la cultura. La función instrumental del observatorio queda clara y a su vez se incide en el hecho de que es una herramienta al servicio tanto del sector público como del privado. El caso del Observatorio Vasco de Cultura, éste señala que «como resultado de su actividad, el Observatorio debe ofrecer a instituciones, sectores culturales, comunidad científica y la ciudadanía en general, información útil a través de distintos productos y servicios». Con otras palabras unas funciones muy similares a las descritas por el caso colombiano y un carácter instrumental igualmente diáfano. Zaragoza nos ofrece una intencionalidad muy similar, si no idéntica, a los casos anteriores. En su Web se afirma que «supone un instrumento de análisis de las variables culturales de la ciudad, como punto de partida para la toma de decisiones de la admi-

nistración, y es también un servicio público para facilitar el trabajo de los agentes culturales y dar mejor respuesta a las necesidades de los ciudadanos. Además, dotará de dimensión europea a las políticas culturales locales a través del intercambio de información a nivel internacional». El lenguaje y las intenciones son casi equivalentes a los otros dos observatorios. Se habla de instrumento, análisis, base para decisiones de políticas públicas, apoyo a los agentes privados, etc. En resumen, si hemos de destacar y sintetizar cómo se ven a sí mismos los observatorios, para qué se creen útiles se podría afirmar que hay dos ejes esenciales:

- Búsqueda y organización de información sobre el sector cultural en sus correspondientes territorios. Un objetivo de sistematización de la información sobre la cultura. Estamos ante un deseo que persigue acabar con la dispersión, cuando no la falta, de información fiable en el ámbito de la cultura. Se trata de una respuesta a una carencia tradicional del sector cultural en toda su amplitud. De hecho los profesionales de la gestión cultural y no pocos responsables públicos han mostrado en numerosas ocasiones la grave traba que para el sector significaba no contar con estadísticas fiables ni con información cualitativa del mismo.
- Poner esa información, conocimiento si se prefiere, a disposición tanto de los poderes públicos que impulsan dichas instituciones como de la sociedad en general concretada en las industrias culturales, los creadores o cuantos interesados haya en la vida cultural de su comunidad. Una ayuda a la racionalidad y eficacia de las políticas públicas y a la actividad de lo no público. Un esfuerzo de socialización del conocimiento, valga la expresión.

Observamos pues, que ya desde el enunciado del qué son y qué quieren hacer está presente una vocación clara de pragmatismo, de utilidad. Además, los observatorios al definir sus fines ahondan en estas líneas apuntadas. En el primer caso, Colombia, repite prácticamente las palabras de su objetivo general y vuelve a hablar de «toma de decisiones, mejorar la competitividad de las industrias culturales y facilitar el acceso a los bienes y servicios de las industrias culturales». El observatorio del País Vasco desarrolla en una línea más práctica sus fines y cuando habla de ellos los concreta en:

- Ordenar, validar y generar información sobre el ámbito cultural.
- Estudiar la realidad cultural vasca, sus sectores y demandas sociales.
- Analizar los aspectos generales, sectoriales y territoriales vinculados a la cultura en su sentido más amplio, así como, abordar la formulación y adecuación de las líneas correspondientes de I+D+i en el sistema cultural vasco.

Parece que la intención de sus promotores es incardinarlo con firmeza en la realidad del territorio para el que se crea el observatorio. Hay un esfuerzo de hacer ver los aspectos prácticos de este tipo de instituciones. Ordenar, estudiar y analizar son las encomiendas que se

le hacen, los fines para los que se crea. Los promotores no buscan un simple espacio de investigación más o menos pura, por el contrario aspiran a un instrumento que ofrezca productos concretos como son una información útil, un conocimiento real de la realidad cultural o investigación aplicable a la realidad.

El Observatorio Cultural de Zaragoza se extiende más a la hora de concretar sus objetivos y finalidades. En este sentido afirma que persigue:

- Identificar y detectar la actividad cultural, como punto de partida para la toma de decisiones. El Observatorio es un instrumento de apoyo para orientar las políticas culturales y contribuir a la redacción del Plan Estratégico de la Cultura de Zaragoza.
- Organizar y sistematizar las fuentes de información. Elaborar indicadores para evaluar los cambios en el tiempo de la actividad cultural.
- Crear y actualizar directorios para fomentar las relaciones entre instituciones, asociaciones y empresas del ámbito cultural, acercando a los ciudadanos a estas entidades.
- Facilitar herramientas para el trabajo de los profesionales de la cultura, contribuir a la creación de empleo y al desarrollo del sector en la ciudad.
- Potenciar la participación ciudadana en el ámbito de la cultura.
- Recoger las iniciativas creativas e innovadoras tanto en la ciudad como en el espacio europeo e internacional y dotar de dimensión europea a las políticas culturales locales, facilitando el intercambio de información a nivel internacional.

Seis objetivos marcados por tareas de corte muy práctico, enunciadas a partir de formas verbales rotundas y claras que no dejan duda del carácter instrumental del observatorio. Para sus promotores no ha lugar a vacilaciones y el observatorio tiene que ayudar a organizar, en el buen sentido del término, la vida cultural de la ciudad ofreciendo información, poniendo en relación a los agentes, dando instrumentos de trabajo a los profesionales y promoviendo la participación de la ciudadanía.

Sin duda resulta curioso como a medida que descendemos en el ámbito territorial, nación, región y ciudad, existe una necesidad mayor de concretar la utilidad de la institución, del para qué va a servir. Probablemente se trate de un fenómeno derivado de que una autoridad política se ve más presionada, más en la necesidad de explicar, cuanto más cercana es al contacto con la ciudadanía. En este sentido los gobiernos locales y municipales sienten la presión de los ciudadanos más en el día a día que aquellos de tipo regional o nacional. Por supuesto sin que ello quiera decir que los políticos a nivel nacional y regional estén exentos de responsabilidad política o la eludan.

Hemos comprobado hasta este momento que ya en sus enunciado programáticos y de objetivos los observatorios, en tanto instituciones de servicio público, se definen y concretan como instrumentos, como organizaciones útiles que producen resultados con una finalidad práctica: ofrecer conocimiento, contacto con la realidad, interpretación de lo que ocurre, etc.

Si hubiésemos de concretar las utilidades de un observatorio cultural, sea cual sea su dimensión territorial como hemos comprobado, nos centraríamos en cuatro esenciales. Serían las siguientes:

- 1º. Un observatorio cultural es una herramienta para ayudar a decidir. La toma de decisiones es una de las tareas más conflictivas y difíciles en la actividad de los gobiernos, sea cual sea su ámbito territorial (de lo supraestatal a lo local) y su carácter (poderes públicos, estrategias empresariales o acción no lucrativa). Si en numerosos aspectos o ejes de gobierno existe una tradición en información sistematizada como es el caso de las políticas económicas, sanitarias, educativas o territoriales en general, en el caso de la cultura se ha padecido durante mucho tiempo de lo que se ha llegado a denominar «sequía estadística». De una parte el hecho se ha debido a la tardía incorporación de la cultura a las políticas públicas de los estados, incluso de los más avanzados. Igualmente se puede encontrar una explicación a este hecho en el carácter «informal y bohemio» con que se ha tendido a ver a la cultura. Afortunadamente estamos ante una realidad superada o con vocación de serlo como demuestra en propio hecho de la aparición de los observatorios.
- 2º. Un observatorio debe servir igualmente para proponer acciones, políticas, estrategias cara al desarrollo cultural de los territorios y las sociedades. La cultura no puede seguir siendo el espacio de la improvisación o del «todo vale». Las políticas y los proyectos cuestan dineros y recursos y en este sentido deben estar bien fundamentados y cimentados. Cuando una administración, un gobierno, una empresa o una ONG proponen una acción por responsabilidad y transparencia deben explicar por qué lo hacen, para qué y con qué medios.
- 3º. Otra función imprescindible de los observatorios culturales es resolver, proponer respuestas ante problemas que existan en el mundo de la cultura. La cultura es, frente a lo que cree el común de la gente, el espacio del conflicto. Conflicto entre lo público y lo privado, entre el poder y la ciudadanía, entre el creador y los públicos, entre lo profesional y lo *amateur*. En un mundo de recursos escasos, más exigüos en el caso de la cultura que se financia sobre todo por los márgenes del sistema económico, la lucha por esos recursos es un poderoso motor de generación de conflictos. En este sentido es preciso afinar en la resolución de dichos conflictos y en el esfuerzo de que no se desperdicie y se rentabilicen al máximo los recursos disponibles.
- 4º. En la realidad contemporánea, ese «mundo líquido» que describe Bauman, la innovación es un imperativo de progreso y de desarrollo, nuestras sociedades no pueden permitirse

el lujo de permanecer paradas o estancadas. Y este imperativo cobra más vigencia en un sector como el de la cultura al que se presupone como paladín de la creatividad humana. No innovar supone caminar hacia atrás, retroceder, perder oportunidades. Precisamente la capacidad de innovación es una de las mejores tarjetas de presentación de la cultura ante otros sectores políticos, económicos o sociales.

Decidir, proponer, resolver e innovar son las palabras que centran las funciones clave, el origen de las utilidades de todo observatorio cultural. Si un observatorio no ayuda a tomar buenas decisiones, si no propone acciones en el buen camino, si no encamina hacia la resolución de los problemas y, además, no potencia la innovación está claro que es algo escasamente rentable para la cultura y para la sociedad en general.

Pero sin embargo la utilidad debe ser tangible, debe poder concretarse en algo si no queremos que se quede en simples buenas intenciones. Como el pararrayos, el observatorio debe estar conectado a la tierra, como nos recuerda Steiner, para percibir que realmente sirve de algo. Y ese anclaje, ese contacto con lo real, el observatorio debe mostrárnoslo a través de sus productos. Estos son la concreción primera de la utilidad de un observatorio, su capacidad de ofertar productos y servicios en los que se apoyarán las utilidades constituyen el comienzo de la propia utilidad.

Cinco son sin duda los productos que debe ofertar una organización del tipo de los observatorios: estadísticas, Sistemas de Información Cultural, cartografías o mapeos, investigación y recomendaciones. Cada uno de ellos cumple funciones y tiende a la consecución de diferentes objetivos, a veces cruzándose y complementándose. No olvidemos que el observatorio debe conformar un sistema de conocimiento y que la dispersión y descoordinación de funciones le vuelve ineficaz. Si releemos las utilidades que enunciábamos más arriba (ayudar a decidir, proponer respuestas, resolver problemas e innovar) tendremos claro que una institución u organización de este tipo está enfocada a reflexionar, orientar y mejorar. La reflexión es la base de un observatorio en la medida que a partir de los datos e información obtenidos se inician los procesos de creación del conocimiento preciso para la acción (las políticas, la planificación y las estrategias). La orientación es la consecuencia práctica de la reflexión, de cómo el conocimiento orienta esa acción cultural deseada. Y por último la mejora no deja de ser el objetivo último y deseable de la acción cultural. Por esta causa son tan necesarios los productos que emita el observatorio, son la plasmación de sus utilidades y objetivos. Sin reflexión, propuesta y mejora no tendríamos políticas guiadas por la razón, por el contrario lo que tendríamos sería políticas guiadas por la intuición, la sensibilidad o, lo que es peor, por el capricho o el gusto subjetivo. Entremos a ver con algo más de detalle los productos y servicios de un observatorio cultural.

Las estadísticas, información numérica organizada y sistematizada, constituyen una herramienta clásica de las ciencias sociales y de las políticas públicas. Existen sectores con una amplia tradición estadística como es el caso de la Economía, tanto el sector público como el

privado, u otras políticas sociales. Hoy nadie entendería una política sanitaria o educativa sin un fuerte aparato estadístico detrás que sirviera de soporte a la reflexión y a las grandes decisiones. Si se opta por un esfuerzo de alfabetización en un territorio en concreto es porque las estadísticas están destacando unos índices de analfabetismo que deben ser corregidos. Si se decide construir un centro de salud en un barrio o ciudad determinado es porque hay datos estadísticos de población y territorio que así lo justifican. Si se opta por invertir en una infraestructura de comunicación determinada en un lugar determinado es porque hay estadísticas de flujos comerciales, de viajeros, de turismo, etc. que así lo están demandando. Sin embargo esto no ha sido lo frecuente en el mundo de la cultura y sus políticas. No vamos a hacer historia pero hasta hace realmente escaso tiempo no disponíamos de estadísticas culturales en nuestro país o al menos series de datos estadísticos significativos y útiles. En la última década se ha mejorado pero las lagunas siguen siendo considerables. No ocurre lo mismo con otros países de nuestro entorno europeo, como es el caso de Francia, donde hace tiempo que las estadísticas culturales son moneda corriente. En el conjunto de la Unión Europea se trabaja con intensidad en la construcción de un sistema unificado, Eurostat se encuentra en ese complejo camino que es tratar de organizar un sistema estadístico de alcance europeo (4). Sin embargo aunque las estadísticas son valiosas y necesarias hay que puntualizar que según el observatorio, así las estadísticas. Y me refiero con ello a que los marcos estadísticos, como los propios observatorios, deben estar territorializados. Esto supone que el observatorio de Zaragoza deberá conocer y difundir los datos que le ofrezca el Ministerio de Cultura de España, los que le ofrezca el observatorio de Aragón, si lo hubiere, e incluso los que en su día ofrezca Eurostat, pero su producto estadístico más importante son los datos referidos a su propio territorio. Porque éstos, comparados con todos los anteriores, le darán pistas sobre las necesidades, carencias y potencialidades del sector cultural en sus ámbito de actuación. Lo dicho, estadísticas territorializadas y comparadas como producto esencial del observatorio cultural.

Los Sistemas de Información Cultural suponen el segundo producto que debe ofertar un observatorio cultural. En gran medida son una consecuencia del anterior. Sin embargo, no sólo de datos estadísticos vive o se construye un sistema de información. Por definición un sistema de información está constituido de indicadores. En el caso de los indicadores culturales nos remitimos a Salvador Carrasco en la Revista *Periférica* (5) y que los define como «la manifestación generalmente numérica del análisis de un proceso de identificación y medición de una información del sector a través de un algoritmo más o menos sofisticado, que facilita el acceso a la información a diferentes grupos de usuarios, permitiendo transformar la información en acción». A pesar de su apariencia compleja, sobre todo para los que provenimos de las humanidades, es una definición de una claridad pasmosa y que encierra gran parte de los elementos que caracterizan a un observatorio cultural en sí mismo. Información ordenada para ser leída por quienes deben tomar decisiones y pasar a la acción. Pero los indicadores no sólo nos permiten una aproximación cuantitativa a la realidad cultural, sino que igualmente deben posibilitar la aproximación de tipo cualitativo. De ahí la complejidad que supone la construcción de un buen sistema de indicadores, de información cultural, ya que la informa-

ción de tipo cualitativo desborda lo estadístico aunque no sea completa sin este marco de información. Existen precedentes e intentos serios de crear o al menos de indicar la metodología para la construcción de sistemas de información. En el plano local conviene destacar el trabajo desarrollado en su día por la Federación Española de Municipios y Provincias (6) que construyó la denominada «Guía para la evaluación de las políticas culturales locales», una herramienta para la construcción de sistemas de información cultural a nivel local. Porque también los sistemas de indicadores deben estar territorializados, dimensionados a la medida del territorio en el que el observatorio debe ser útil.

En tercer lugar, como producto importante para un observatorio, hemos de reseñar las cartografías culturales. El mapeo es un instrumento esencial para las planificaciones territoriales y se usa con asiduidad en otros ámbitos públicos y privados. Desde hace algunos años se viene aplicando al ámbito de la cultura y existen ya numerosos ejemplos a los que acudir. Desde cartografías nacionales como el caso de Chile (7), un magnífico ejemplo, a trabajos sobre realidades más pequeñas como la elaborada por la Diputación de Cádiz para su provincia y la región de Tetuán en el norte de Marruecos (8). Un mapa cultural es una herramienta de información, de ahí su utilidad, y de una información ordenada y sistemática que resulte de apoyo y base para la toma de decisiones. Si la base territorial es imprescindible en los casos anteriores, al hablar de cartografía cultural lo territorial es condición *sine qua non* para su puesta en marcha. La aspiración de un mapa cultural es ser una fotografía veraz y acertada de la realidad cultural de un territorio, en su totalidad o en algún aspecto que interese especialmente. Por otro lado ha de poseer una gran capacidad de lectura y actualización, que sea accesible a todos los posibles usuarios interesados (responsables políticos, gestores, creadores, industrias culturales, etc.). Por todo ello concluimos que las cartografías culturales deben ser un producto de primer orden para los observatorios culturales, un servicio que refuerza la utilidad de estas instituciones.

La investigación es la cuarta pata de utilidad de los observatorios culturales. Hablábamos que uno de los objetivos o fines que se persiguen es la innovación y ya sabemos que ésta forma parte de la fórmula I+D+i, en la que la innovación viene precedida del desarrollo y, es lo que nos interesa, de la investigación. La investigación es una herramienta flexible que permite ahondar y profundizar en aquellos aspectos de la realidad cultural que nos preocupen o, igualmente, en que interese actuar con preferencia. Cada observatorio puede y debe definir líneas claras de investigación que complementen los servicios que se ofrecen desde las estadísticas, los sistemas de información y los mapeos culturales. Un observatorio sin un mínimo esfuerzo investigador puede caer en la rutina. Si los objetivos últimos son la innovación y el desarrollo, la investigación es el paso previo y esencial.

Y en quinto y último lugar, como producto de un observatorio, conviene señalar lo que hemos denominado Recomendaciones. Si como hemos comprobado en el acercamiento a nuestros tres observatorios se indicaba que el hecho de ayudar a decidir era una de sus funciones, ésta se concreta bajo la forma de recomendaciones, de documentos que a partir de las an-

teriores herramientas de utilidad propongan diversas alternativas y líneas de actuación tanto de políticas públicas como de proyectos, planes o programas. Hablamos de documentos tales como los denominados libros blancos sobre el sector o alguno de sus ámbitos. Igualmente nos referimos a informes *ad hoc* y de encargo que buscan reflexión y propuesta ante un problema concreto. Aunque pueda parecer una utilidad complementaria de las anteriores y de carácter menor, la capacidad de recomendar es esencial y resulta un instrumento que hace visible el lado más práctico de los observatorios. A modo de ejemplo Interarts (9), que nace y se desarrolla con una proyección internacional, ofrece este servicio bajo el epígrafe de asesoría.

Ayudar a decidir, proponer acciones, resolver problemas e innovar son las grandes utilidades de un observatorio cultural. Y las herramientas para cumplir eficazmente esas utilidades se concretan en estadísticas, sistemas de información cultural, cartografías culturales, investigación y recomendaciones. Como el pararrayos, volvemos al principio, el observatorio se introduce en la atmósfera inquieta de la cultura para tratar de pegarla a la tierra, ayudar a su desarrollo, catalizar los conflictos, difundirla y muchas más utilidades. La ventaja es que por ahora, que se sepa, nuestro observatorio-pararrayos no nos ha costado el enorme precio que pagó Georg Wihelan Richmann. Lo que no deja de ser un consuelo.

NOTAS

(1) <http://culturayeconomia.org/>

(2) https://www.euskadi.net/r46-19123/es/contenidos/informacion/keb_behatokia/es_behatoki/aurkezpena.html

(3) <https://www.zaragoza.es/ciudad/cultura/observatorio/>

(4) Ver <http://epp.eurostat.ec.europa.eu/portal/page/portal/culture/introduction>

(5) <http://revistas.uca.es/index.php/periferica/article/viewFile/1223/1056>

(6) http://www.femp.es/files/566-762-archivo/Gu%C3%ADa_indicadores%20final.pdf

(7) <http://www.cultura.gob.cl/wp-content/uploads/2012/03/Cartografia-Cultural-de-Chile.-Lecturas-Cruzadas.pdf>

(8) VV.AA. (2006). *Cartografía cultural. Equipamientos de Cádiz y Tetuán. Metodología de elaboración*. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. Cádiz.

(9) <http://www.interarts.net/es/creatives.php>

CURRÍCULO DEL AUTOR

Gestor Cultural de la Fundación Provincial de Cultura de la Diputación de Cádiz desde 1984. Ha trabajado en numerosas campañas de difusión cultural (Teatro, Música, Flamenco, Artes Plásticas, etc.) en dicha institución. Fue responsable de formación de la Red de Técnicos de Cultura de la provincia de Cádiz

entre 1989 y 1997. Director Adjunto de la Fundación Provincial de Cultura. Dirigió el proyecto de cooperación *Mapas Culturales de las Provincias de Cádiz y Tetuán* (Interreg 3 A). Director de Proyectos del *Consorcio para la Conmemoración del II Centenario de la Constitución Española de 1812*.

Profesor en los Másteres de Gestión Cultural de las Universidades de Sevilla, Granada y Zaragoza. Docente y ponente en numerosos cursos y seminarios de formación en Gestión Cultural, Políticas Culturales y Economía de la Cultura para diversas instituciones en España y Latinoamérica, en países como Guatemala, República Dominicana, Bolivia, Costa Rica y Argentina, entre otros.

Autor del libro *Indicadores Culturales para Extensión Universitaria* y co-autor en libros colectivos como *Sistema de Indicadores Culturales para Municipios* (FEMP), *Indicadores de Evaluación de Proyectos de Cooperación Cultural para el Desarrollo* (AECID) y *La Planificación Estratégica de la Cultura en España* (Fundación Autor), entre otros. Ha publicado artículos en diversas revistas y es miembro del Consejo científico de la Revista *Periférica* de la Universidad de Cádiz.

Es miembro de la Junta Directiva de *OIKÓS Observatorio Andaluz para la Economía de la Cultura y el Desarrollo*, con la que desarrolló los proyectos *Impacto Económico de la Semana Santa en La Antigua Guatemala* y *Las industrias culturales y creativas en Guatemala. El sector de las Artes Escénicas en medios urbanos*, este último pendiente de presentar los resultados a finales de noviembre 2013.